

CHESTERTON, PERIODISTA DEL SIGLO XXI

Cuando en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad CEU San Pablo enseñamos retórica clásica a nuestros alumnos, el gran descubrimiento de esas mentes inquietas es que Aristóteles ya había dicho casi todo sobre el perfecto orador en el siglo v a.C. El otro gran descubrimiento es que la mayoría de las palabras que hoy se usan en inglés, como *brainstorming*, ya existían en la época de los clásicos como Cicerón y Quintiliano, pero en latín, cuando lo llamaban *inventio*.

Y es que no hay tanto nuevo bajo el sol que calienta a la humanidad, no hay tanto nuevo en nuestras relaciones interpersonales, en la forma de comunicarnos, en la manera de contar lo que sucede a nuestro alrededor. Cambia el contenido, cambian las técnicas, cambian los protagonistas, pero los problemas son exactamente los mismos, ayer, hoy y siempre.

Cuento esto porque en nuestra profesión del periodismo es habitual encontrar una cierta melancolía que se regodea en el recuerdo del pasado y critica constantemente el presente y más aún si cabe el futuro. Pero los que somos periodistas de vocación, los que tenemos voluntad, entendimiento y corazón entregados a la nobilísima causa de contar la verdad para hacer del mundo un lugar mejor, sabemos que el periodismo sigue vivo y que los problemas que lo horadan no se diferencian tanto

de los que experimentaron nuestros predecesores. En resumen, cualquier tiempo pasado no necesariamente fue mejor, sino simplemente anterior.

Es precisamente esta la sensación que le quedará a usted, querido lector, después de disfrutar de esta excelente recopilación de escritos periodísticos de Chesterton que ha llegado hasta sus manos. Porque lo que descubrirá en estas selectas páginas de la historia del periodismo es que Chesterton bien pudiera ser un periodista del siglo XXI, que los problemas que él denuncia son exactamente los mismos que los que nosotros denunciamos y que la lupa de la ética a la que somete la realidad sigue funcionando a la perfección más de cien años después.

Inmersos como estamos en la revolución digital, transformación que sin duda ha cambiado el curso de la historia y, con la historia, de la comunicación, a veces creemos que los problemas que nos inundan «antes, no pasaban». Pero resulta que en 1906 ya denunciaba Chesterton la expansión imparable de los *memes* porque «casi todas las bromas o actos violentos pueden perdonarse bajo esta estricta condición: que sean completamente inútiles»¹. Claro está, que no utilizaba el término *meme*, como tampoco Quintiliano hablaba de *brainstorming*, pero para el caso, es lo mismo.

Sin embargo, el fondo del asunto que denuncia Chesterton es tan actual que podría entrar de lleno en nuestros libros de Ética y Deontología. No deje de leer, querido lector, el imprescindible epílogo de esta obra, escrito por el profesor Gabriel Galdón, catedrático en la Facultad de Humanidades de la CEU-USP, y autor de un libro de referencia fundamental, *Infoética: el periodismo liberado de lo políticamente correcto* (CEU Ediciones, 2019), *chestertonista* convencido.

Porque Chesterton, como Galdón, denuncia ese «periodismo moderno mediocre» que se queda en la anécdota y que a duras

1 «Sobre las acciones perversas».

penas descienda al fondo de los asuntos. Nuestro ilustre autor escribía entonces: «Si mañana mato a palos a mi abuela [...] estoy totalmente seguro de que la gente dirá todo tipo de cosas sobre mi acción, excepto el simple y obvio hecho de que está mal. [...] El periodismo moderno tiene miedo constante de esta explicación moral tan simple»². Ya ve, querido lector, que Chesterton podría estar hablando del mismo periódico que se leyó usted esta mañana.

En el periódico que se leyó usted esta mañana ocurre no pocas veces que falta información relevante y sobra irrelevante, que uno percibe esa mano del guardameta (*gatekeeper*, lo llaman los teóricos de la comunicación) que decide qué llega ver la luz y qué no, que solo unos pocos determinan el contenido de la agenda (*agenda setting*) de los medios.

También Chesterton lo percibía cuando denunciaba que podría parecer que «el fin primordial de los periódicos es ocultar las noticias» mediante un sencillo y eficaz sistema: «dos líneas impresas pueden callar a doscientos testigos veraces» o, lo que es lo mismo, lo que no está en los medios, no existe. Y demasiadas veces se extiende la errónea idea de que algo es verdad «porque lo han dicho en la tele» o porque «lo he oído en la radio».

Con ese humor que caracteriza a nuestro autor, denuncia que «el público creería al periódico en contra de los testigos. [...] incluso los testigos creerían al periódico en contra de sus propios ojos». Esto suena enormemente a *fake news* pero en versión «Chesterton», que ya descubrió que la selección de noticias era «un nuevo modo de adular a los ricos y a los importantes»³.

Contra las mentiras, que jamás serán periodismo, la verdad. Pero la verdad bien estudiada, la verdad interpretada y contextualizada. Porque hoy vivimos inmersos en un periodismo de declaraciones que roba la entidad a las noticias. Y resulta que

2 Ídem.

3 «Las mentiras del periodismo».

Chesterton, en 1907, vivía en un periodismo muy similar, con el gacetillero agazapado cual animal de caza en pos del mejor titular. Y conseguida la presa, ha dejado de importar el significado.

Si el orador dice que el primer ministro es como una marsopa en el mar, el periodista anota «marsopa» y se olvida del primer ministro. Si el orador dice que el Sr. Chamberlain es como un violonchelo, el periodista no espera a oír la razón. Ha conseguido algo material y está tan contento. Se anotan todas las palabras llamativas; la cadena de pensamiento se descarta⁴.

Parece que Chesterton ya conocía Twitter.

El problema que denuncia Chesterton no puede estar más de moda:

En estos tiempos es prácticamente imposible encontrar la verdad en ningún periódico, ni siquiera en los periódicos honestos. Me refiero al tipo de verdad por la que un hombre puede sentir curiosidad inteligente, la verdad moral, la verdad que está en discusión la verdad que se encuentra en movimiento y que afecta realmente a las cosas⁵.

Querido lector. No hace falta que cambie ni una coma del extracto anterior. Basta que interprete que «en estos tiempos» es hoy, y no 1909, cuando nuestro autor denunció que la información se descontextualiza, sin causas ni consecuencias, sin la valoración moral de lo que ocurre porque «la prensa diaria da noticias de ciertos hechos simplemente porque son actuales». Pero se queda solo con el final de cada historia: «el reportero llega siempre tarde a la tragedia» y ya no es capaz de interpretar qué pasó allí para acabar en ese final.

4 «Los estilos indirectos».

5 «La verdad en los periódicos».

Entonces nos dijeron que para luchar contra la mentira la única vía era una supuesta objetividad que realmente no existe: solo los hechos, pero nadie se preguntó qué hechos. Y ese estudio de la objetividad que hoy se ha comido la verdadera profesión periodística, ya traía de cabeza a Chesterton.

Lord Rosebery, según creo, hizo una paradójica sugerencia al afirmar que los periódicos debían consistir en noticias. Proponía excluir todo comentario, ya fuera moral, político y (espero) financieros.

Pero a nuestro autor no le convence la propuesta de prescindir de la interpretación. Al fin y al cabo:

En el peor de los casos, los comentarios serán solo falaces; las noticias pueden ser falsas. O, aunque no sean falsas, pueden ser seleccionadas de modo que den una imagen completamente falsa del lugar o del asunto del que se discute. La selección es elevado arte de la falsedad⁶.

De modo que se mete el autor de lleno en un debate que hoy sigue tan vivo como siempre: no decir ninguna mentira puede estar muy lejos de haber dicho la verdad.

Ante este elenco de ejemplos, uno podría pensar que debemos dejar de creer en el periodismo. Pero Chesterton, en el ejercicio de metaperiodismo que van a encontrar en estas páginas, es periodista y quiere serlo. Es decir, denuncia los problemas de la prensa con la convicción de que otra opción es posible. Explica cuáles son las limitaciones y cómo, aun así, en la mayoría de las ocasiones triunfa la verdad.

No se pierda, querido lector, la deliciosa historia de ese periodista al que, mientras escribe su sesuda columna de los sábados:

6 «Distorsiones periodísticas».

Su casa invadida de repente por críos de todas formas y tamaños [...] le asedian problemas morales de la más pantagruélica complejidad. Le toca decidir, frente a los terribles ojos de la inocencia, si, cuando una hermana ha roto el cubo de su hermano, en venganza por el hurto por parte de este de dos de sus caramelos, puede admitirse que este, en represalia, pintarrajee su libro de cuentos y si esta conducta no justifica, a su vez, que la hermana le apague las cerillas que había encendido sin permiso de la autoridad⁷.

Como periodista y madre de familia numerosa, me he sentido absolutamente identificada con la escena, que concluye con un divertido embrollo de titulares malinterpretados. Pero no le haré *spoiler* para que lo disfrute tanto como yo.

Al final, como explico a mis alumnos en nuestras clases, el trabajo del periodista es casi un milagro cotidiano. El periodismo es el puente que permite transportar la realidad en forma de palabras (la verdad), sobre el río que separa a las personas que necesitan conocer lo que pasa de esos hechos que están ocurriendo y que son clave para su vida. Pero, a diferencia de los ingenieros, nosotros casi no tenemos tiempo para planificar cómo construir ese puente cotidiano, porque el día de mañana viene ya empujando al de hoy, porque la noticia importa ahora y no más tarde, porque a veces urge conocer la verdad para no acumular errores.

Además, a diferencia del ingeniero, que estudia con detalle los materiales que necesita para la construcción, elabora un presupuesto y los compra, nosotros nos tenemos que nutrir de hechos que no hemos presenciado a través de testigos que no siempre conocemos y con información relevante obtenida por medios lícitos y sin pagar por ella, para no caer en ese mercenario ejercicio de un mal *show* que algunos quieren llamar periodismo.

Para añadir complejidad a nuestra tarea, tenemos que interpretar qué se esconde detrás de cada hecho. Porque en contra de

7 «El periodista real».

lo que se suele pensar en una sociedad cada vez más perdida, cada uno de nuestros actos esconde un trasunto moral. Hasta sonreír (o no sonreír) al quiosquero que nos vende el periódico. Y esa trascendencia la tenemos que descubrir sin conocer a ciencia cierta si el hecho de hoy será el que cambie el mañana para siempre.

Haga la prueba, querido lector, de escudriñar entre los titulares de los días previos a una gran guerra, da igual cuál elija. Descubrirá crónicas de teatro, críticas literarias y columnas de sociedad, quizá algunos comentarios sobre la tensión política, pero la guerra nunca estalla el día de antes. «Titulares como “El misterio del incendio provocado: entrevista con el emperador” (a Nerón le hubiera gustado ser entrevistado) hubieran sido lecturas deliciosas», dice Chesterton con sorna.

Porque él sabe que ser periodista no es fácil. Los periodistas empezamos siempre por el final:

Descubrir un cadáver significa que no se ha podido descubrir una conspiración. Sin duda, la prensa romana del día siguiente al asesinato de César cubriría toda la escena del crimen en el Capitolio y entrevistaría a Casio y Antonio. [...] Pero los periódicos no se hubieran forjado una opinión de lo que estaba sucediendo. [...] Los periódicos llevan la penitencia del pecado de su ciega adoración a la velocidad. Van tan rápido que no se enteran de nada y tienen que decidirse tan rápido que acaban sin decidirse por nada⁸.

Y, ante todos estos males, tiene Chesterton la solución: dosis ingentes de verdad y ética, sustentadas por una firme cultura que mantenga al periodista a flote: «el periodismo morirá pronto si se conforma con permanecer ignorante». ¿Qué cultura quiere Chesterton? La misma que los rétores con los que arrancamos este prólogo, los que afirmaban que el perfecto orador es el que conjuga en sí no solo los saberes, sino que se convierte en persona

8 «Lo que no ven los periódicos».

«buena y justa moralmente hablando», según dijo Cicerón. «Le pediré al lector que no piense en museos ni en clases de música ni librerías, sino en campos, granjas y jardines»⁹.

Porque Chesterton sabe que el buen periodista es el que comprende a las personas, el que trasciende a los hechos, el que interpreta el mundo con un único fin: hacer de la sociedad a la que se lo cuenta un lugar mejor.

Aquí le dejo, querido lector, en la mejor de las compañías. Un Chesterton de ayer que es un Chesterton de hoy. Un periodista a carta cabal que ya supo entrever los problemas que en el siglo XXI seguirían acuciándonos, que planteó las soluciones a ese sensacionalismo que ahora se viraliza en las redes, que comprendió el riesgo de banalizar las declaraciones y sacarlas de contexto, que se aplicó con insistencia a la búsqueda de la verdad, que comprobó con acierto que, si la palabra no sirve para distinguir el bien del mal, la palabra no sirve. Chesterton no puede estar más de moda.

Prof. Dra. MARÍA SOLANO ALTABA

Periodista y Doctora en Periodismo.

Decana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la
Comunicación de la Universidad CEU San Pablo

9 «Periodismo y cultura».

«¿TAN DIFÍCIL ES DECIR QUE ALGO ES INMORAL?»

ILLUSTRATED LONDON NEWS,
24 DE NOVIEMBRE DE 1906

No siento ninguna simpatía por los ataques internacionales cuando se toman en serio, pero sí profeso una simpatía extraña y disparatada cuando son totalmente absurdos. Los ataques siempre están injustificados como práctica política, pero son normales y previsibles como bromas. De hecho, casi todas las bromas o actos violentos pueden perdonarse bajo esta estricta condición: que sean completamente inútiles. Si el agresor saca algún provecho, entonces es imperdonable. El menor indicio de utilidad o provecho lo condena. Una persona vital y culta puede enzarzarse en una pelea, pero no roba. Un caballero puede quitarle el sombrero a su amigo de una patada; pero no se apropia del sombrero de su amigo. Por esta razón (como ha señalado ya el Sr. Belloc), el muy combativo pueblo francés siempre vuelve a casa tras sus inmensos ataques –las incursiones de Godofredo de Bouillón, los ataques de Napoleón–; «se les trae de vuelta, tras no haber conseguido nada más que una épica».

En ocasiones, veo en los periódicos retazos informativos que hacen que el corazón me dé un brinco de simpatía patriótica irracional. He tenido la desgracia de quedarme frío ante muchas de las iniciativas y proclamaciones recientes de mi país. Sin embargo, el otro día encontré en el *Tribune* el párrafo siguiente, que con su permiso reproduzco como ejemplo del tipo de ataque

internacional por el que siento instintivamente la mayor de las simpatías. También hay algo atractivo en el laconismo con que se narra el asunto:

Ginebra, 31 de octubre

Ayer fue puesto en libertad, tras pagar una multa de 24 libras esterlinas, el estudiante inglés Allen, detenido en la estación de tren de Lausanne el sábado pasado por pintar de rojo la estatua del General Jomini de Payerne. Allen ha marchado a Alemania donde continuará sus estudios. Los habitantes de Payerne están indignados y pedían que lo retuvieran en la prisión.

No me cabe duda de que la ética y la necesidad social requieren una actitud contraria, pero confieso que lo primero que sentí al leer esta hazaña fue un placer profundo y elemental. Hay algo grande y simple en la operación de pintar de rojo la estatua de piedra de un general. Naturalmente me parece lógico que los paisanos de Payerne estuvieran indignados. Un atardecer, de regreso a sus casas por las calles de su hermosa ciudad (¿o es una provincia?) habían visto, destacada sobre el fondo plateado de la puesta de sol, la impresionante figura gris del héroe local, apostado para proteger la ciudad bajo las estrellas. Tuvo que ser una auténtica conmoción salir al clarear la mañana y encontrar un enorme general bermejo mirándolos fijamente bajo el sol. No les culpo por pedir que retuvieran al muchacho en la prisión; puede que una estancia corta en la prisión no le viniera mal. Pero aun así, considero que este acto inmenso tiene algo de humano y excusable; y cuando me esfuerzo por analizar la razón de este sentimiento, descubro que no está en el hecho de que el acto fuera llamativo, atrevido o que tuviera éxito, sino en el hecho de la acción era totalmente inútil para todo el mundo, incluso para quien la perpetró. El ataque termina en sí mismo, sin conseguir nada más que una epopeya.

La noticia contiene una frase alarmante. Dice, claramente, que Allen ha marchado a Alemania, donde continuará sus estudios.

¿Qué estudios? Si entiendo la psicología de mi querido amigo Allen como creo que la entiendo, no me parece que sea el típico muchacho tan sumido en sus estudios de escolástica que pueda olvidarse del mundo exterior. ¿Qué estudios son esos que va a continuar? ¿Serán quizá artísticos? ¿Serán, por una curiosa casualidad, estudios de la pintura roja? ¿Propagará por el Imperio Alemán su decoración pública? Puede que dentro de pocos días se lea en los periódicos algunas noticias como estas: «La estatua del General Moltke en Berlín apareció esta mañana pintada de un verde guisante brillante. Los habitantes de Berlín están ligeramente sorprendidos». O «Una conmoción sacudió a la ciudad de Coblenza esta mañana al aparecer la estatua colosal del Emperador Guillermo I pintada de azul brillante con lunares rosas»; o «En la ciudad de Rudesheim se están haciendo investigaciones a fin de descubrir quién pintó de rojo la nariz de la estatua de Germania a orillas del Rin»; o «Los habitantes de Frankfurt no creen que el haber pintado de cuadros amarillos y negros la estatua de Schopenhauer sea una mejora; pero lo acatan con una enérgica resignación germana». Me temo que las hazañas de nuestro amigo común, el espontáneo capitán von Köpenick¹⁰, palidecerán ante los éxitos grandes y devastadores de este sencillo estudiante inglés, que va a continuar sus estudios en Alemania.

10 Chesterton alude a un episodio que ya había comentado en el mismo *Illustrated London News*. En 1906, ocurrió en Köpenick un divertido incidente que dio la vuelta al mundo. Wilhelm Voigt, un zapatero desempleado, que había sido anteriormente condenado a muchísimos años de prisión por delitos prácticamente insignificantes, se disfrazó de oficial del ejército prusiano y después de convencer a unos soldados se apoderó con ellos del Ayuntamiento de la ciudad y del erario, haciendo detener a su alcalde. El hecho de que nadie dudara de su autoridad –a pesar de no mostrar ni una orden escrita– hizo que pronto se convirtiera en un líder popular, pues gozó del apoyo de la prensa desde que el caso saltó a la luz. Condenado a cuatro años, el Kaiser lo indultó al haberse cumplido la mitad de la pena. En 1931 se estrenó una comedia sobre el suceso y ha sido posteriormente la base para más de diez películas. En la ciudad de Köpenick, en el mismo ayuntamiento donde se llevara a cabo su proeza, se alza hoy una escultura de bronce de Voigt. En el artículo en que Chesterton lo cita por primera vez (10 de noviembre de 1906), realiza un agudísimo análisis y crítica de la mentalidad que lleva a obedecer a un hombre por el mero hecho de ir uniformado.